

CONTRA JUDÍOS, PAGANOS Y ARRIANOS SERMÓN SOBRE EL SÍMBOLO. (C,G)*

ADVERTENCIA AL SIGUIENTE SERMÓN.

Este sermón también fue pronunciado bajo el dominio de los arrianos, en un tiempo en que estos herejes, discutiendo y esforzándose por apartar a los católicos de la fe, ya sea mediante promesas y recompensas, o por la fuerza y el poder, nadie se atrevía a resistirles. Te pareces grande, dice el predicador, cap. 7, porque discutes sin que nadie te contradiga, sin que ningún juez presida. Y mientras el tiempo favorece tu error, piensas que eres algo, cuando no eres nada: y seducido, deseas seducir a muchos, a algunos con dinero, a otros con poder. Compara esto con el sermón anterior, cap. 7, donde también, en el lugar mencionado, col. 1115, lin. 11, se llama a la Iglesia de los arrianos cueva, como aquí en el cap. 22, observarás. Se advierte sobre el cumplimiento de la profesión de renuncia del bautizado en los caps. 3 y 4, al igual que en los sermones apócrifos sobre el Símbolo a los Catecúmenos en el tomo 6. Omitimos otros lugares similares a esos o al sermón anterior. Además, hay muchas cosas tomadas de Agustín: aquello del cap. 18, ¿Acaso si hizo que se le adorara mediante artes mágicas, era mago antes de nacer? es del libro 1 de la Concordancia de los Evangelistas, cap. 11. También aquello del cap. 13, ¿Qué significa, En medio de dos animales serás conocido, sino ya sea en medio de los dos Testamentos, o en medio de los dos ladrones, o en medio de Moisés y Elías hablando con él en el monte? se toma del libro 18 de La Ciudad de Dios, cap. 32. De allí también, cap. 23, se trasladaron aquí los versos sibilinos. Con Gregorio en la homilía 33 sobre el Evangelio, se usa al inicio del sermón, Cuando es más conveniente llorar que decir algo. También tiene algunas cosas en el cap. 17 que coinciden con la homilía 10 sobre el Evangelio del mismo. En el cap. 15 dice que el poeta Virgilio, con el verso, Ya se envía desde el alto cielo una nueva progenie, dio testimonio de Cristo: lo que Agustín en la carta 104 a Nectario, n. 11, llama con mucha más verdad un poema adulador, dicho a un hombre noble, es decir, a Polión. Bernardo Vindingo muestra la barbarie de la dicción en el Crítico Agustiniiano, y reprende algunas cosas como inadecuadas, pero que eran defectos de las ediciones, corregidas aquí del códice Remigiano de ochocientos años, en el que se titula Sermón de San Agustín sobre el Símbolo; de tres Vaticanos, de uno de la abadía de S. Quintín de Bellovacense, de Corbie, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

Vigilia cristiana. Entre las presiones y angustias del tiempo presente y los deberes de nuestro servicio, nos vemos obligados, amadísimos, a no callar, cuando más bien convendría llorar que decir algo: sin embargo, para que no se nos diga al llegar con menos ganancia al granero del Señor, Siervo malo y perezoso, debías haber entregado mi dinero, y al venir yo lo habría exigido con intereses (Mat. XXV, 26, 27): pido a vuestra Caridad que lo que el mismo padre de familia os haya ministrado a través de nosotros, os dignéis recibirlo con agrado: son palabras del Apóstol, La noche ha pasado, el día se ha acercado: despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz (Rom. XIII, 12). Expulsada, pues, la oscuridad de la noche, y disipadas las tinieblas de los pecados, que el rayo de la verdadera luz brille en nuestros corazones. La razón de esta gran congregación nos exige, y daros cuenta de la noche pasada, y demostrar la verdadera y eterna salvación de este día por tan gran sacramento recibido. Si consideramos las obras de la noche pasada, y podemos explicar lo que hemos hecho, con la ayuda del Señor; encontraremos que en la noche no realizamos obras de la noche, sino del día. Pues no reconocimos nuestros sentidos adormecidos por el placer del sueño, ni nuestras almas engañadas por fantasmas, ni nuestros cuerpos inclinados al descanso en profundo sopor por el calor de los lechos: sino que, velando, orando, cantando salmos, luchando contra el adversario diablo, sentimos una gran luz infundida en nuestros

corazones, y en la noche realizamos obras del día. ¿Qué hicimos en esta noche? Expulsamos al diablo, introdujimos a Cristo. ¿Qué hicimos en esta noche? Capturamos al captor. ¿Qué hicimos en esta noche? Excluimos las tinieblas diabólicas de vuestros corazones, demostramos que la verdadera luz debe ser absorbida. ¿Qué se hizo en esta noche? Vino la verdadera fortaleza, ató al fuerte y saqueó los bienes de su casa (Mat. XII). ¿Qué se hizo en esta noche? Se erradicó la soberbia, se introdujo la humildad. ¿Qué se hizo en esta noche? Se expulsó al príncipe de todos los vicios, se recibió la fuente de todos los bienes. Veis, amadísimos, qué bienes tenéis preparados, y de qué carga, o de qué fardos de pecados sois aliviados por aquel que os llama para que toméis su yugo suave y su carga ligera (Id. XI, 29): Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas, vistámonos con las armas de la luz. ¿Qué significa esto? Reconoced que se os ha expuesto a partir de las palabras del Símbolo que acabáis de recibir. ¿Qué significa, Despojaos de las obras de las tinieblas; sino, Renunciad al diablo, a sus pompas y a sus ángeles? ¿Y qué significa, Vestíos con las armas de la luz; sino, Creed en Dios Padre todopoderoso?

CAPÍTULO II.

Quién es el diablo. Primero, sin embargo, amadísimos, discutamos quién es o qué es el diablo, y cuáles son sus pompas, a las que renunciando, nos despojamos de las obras de las tinieblas: entonces, sobre Dios Padre todopoderoso, que es la verdadera luz, según lo que él mismo nos conceda, hablaremos a vuestra Caridad. ¿Qué es el diablo? Un ángel separado de Dios por la soberbia, que no permaneció en la verdad, autor de la mentira, y engañado por sí mismo, que deseó engañar a otro. Este se convirtió en adversario del género humano, inventor de la muerte, institutor de la soberbia, raíz de la malicia, cabeza de los crímenes, príncipe de todos los vicios, persuasor incluso de las voluptuosidades vergonzosas. Este, al contemplar a aquel primero, es decir, a Adán, nuestro padre de todos, y ver al hombre hecho del barro de la tierra a imagen de Dios, adornado con pudor, compuesto con templanza, rodeado de caridad, vestido de inmortalidad, envidioso y celoso de que el hombre terrenal recibiera lo que él, siendo ángel, se sabe que perdió por soberbia, envidió inmediatamente el insaciable homicida, y despojó a nuestros primeros padres de esos dones y tan grandes bienes, además de matarlos. Pues, amadísimos, cuando el diablo le quitó al hombre tantos bienes, la pudicia, la continencia, la caridad, la inmortalidad, y lo dejó desnudo y vergonzoso, cubierto con sus harapos, burlándose de él, lo sometió a su dominio, y con ese vínculo obligó a toda su descendencia a sí mismo. Adán recibió harapos vergonzosos, cuando despojado por el diablo de la pudicia, se ciñó de impudicia; perdida la templanza, se volvió intemperante; perdida la caridad, se encontró malo; despojado de la inmortalidad, fue entregado a la muerte. ¡Ay! ¡Qué perdió y qué recibió! A estos harapos tan vergonzosos también obligó a sus descendientes.

CAPÍTULO III.

Renunciar a Satanás, qué significa. Renunciemos a esta herencia dañosa: nos hemos convertido en huérfanos. Antes de que venga el cobrador, si alguien descuida renunciar a tan pésima herencia, en la que están los harapos del diablo, es decir, las pompas y sus ángeles; cuando venga el juez, como dice el Evangelio, el deudor será entregado al cobrador, y el cobrador empujará al deudor a la cárcel. En verdad te digo, dice el Señor, no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante (Mat. V, 26). Así pues, toda la raza humana es encomendada como pobre y huérfana por la Escritura divina, diciendo a Dios, A ti se ha dejado el pobre, tú serás el ayudador del huérfano. Y mostrando a su adversario el diablo, añade, Rompe el brazo del pecador y del maligno (Sal. IX, 14, 15, según los Hebreos). Que haya, pues, algún hombre piadoso, y que muestre alguna misericordia a este huérfano y

pobre. Pues sufre un adversario feroz y astuto, y este huérfano falla en su causa; porque su adversario lo ha obligado con malas acciones. Proporcionemos a este huérfano defensores idóneos, y subroguemos el patrocinio de los Apóstoles como jurisperitos celestiales. ¿Qué se debe hacer ante tales por tal? Ante vosotros, pues, Pedro, Pablo, Juan, y los demás santos consejeros del verdadero juez, amigos del supremo poder, exponemos la causa, que conocéis muy bien, de este pobre y huérfano, es decir, del género humano, que encontrado deudor por el documento paterno, y constreñido por el adversario, está detenido: no hay otra manera de ayudarlo, sino por vuestro consejo. ¿Qué os parece, pues, a vuestra serenidad en este asunto por la libertad de este miserable, dignaos emitir una sentencia unida por él de común acuerdo? Pues esta obligación también os había atado, si la gracia no os hubiera socorrido. Liberados, liberad: el consejo que recibisteis del verdadero juez, dadlo; para que lo siga quien está detenido cautivo, y por vuestra defensa llegue a la verdadera libertad. Y esta es la voz de todos. Lo que hicimos, que lo haga. ¿Qué, os ruego, va a hacer? Renuncie al diablo, a sus pompas y a sus ángeles: esta es la herencia dañosa a la que estamos obligados a renunciar. Veis, amadísimos, qué sentencia han emitido nuestros defensores.

CAPÍTULO IV.

Recaída después del Bautismo. Que cada uno vigile, para que no renunciando completamente después de la profesión, el diablo reconozca sus harapos en él: y comience a ser siempre detenido el culpable, a quien Cristo quiso liberar con su gracia. No se engañen a sí mismos aquellos que, después de recibir la gracia, no quieren corregirse, y vuelven de nuevo a sus antiguas voluptuosidades. Pues se espera el día del juicio, vendrá aquel juez justísimo, que no aceptará la persona de ningún poderoso, cuyo palacio nadie corromperá con oro o plata. Estarán presentes todas las almas, para que cada una reciba según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V, 10). También estará presente el adversario diablo; se recitarán las palabras de nuestra profesión. Y si alguien es encontrado tal, que deba partir de esta vida como deudor; aquel adversario se regocijará en presencia del juez severísimo, clamando que es superior, llevando tal causa ante tal juez: Justísimo, dice, juez justo, juzga: Justicia y juicio son la preparación de tu trono (Sal. LXXXVIII, 15). Juzga que es mío quien no quiso ser tuyo: es mío, debe ser condenado conmigo. Después de la renuncia, ¿por qué invadió mis harapos? ¿Qué hacía en él la impudicia, a la que él mismo había renunciado? ¿Qué hacía la intemperancia, qué la avaricia, qué la ira, qué la soberbia, qué lo demás mío? Finalmente, justísimo: al que huyó de mí, refugiándose en ti, después lo aprehendí con mis cosas a las que había renunciado, lo detuve como invasor: en mi posesión, por así decirlo, fue aprehendido por mí. ¿Qué hacía en el circo, y allí las furias, las disputas, las voces insanas, y las victorias vanas, ya ajenas a él, se las dividía a sí mismo? ¿Qué hacía en el teatro el renunciador de las voluptuosidades vergonzosas? ¿Qué hacía en el anfiteatro contemplando crueldades con sus ojos? Acumuló para sí ira en el día de la ira (Rom. II, 5). Todo esto mío lo invadió después de la renuncia, quiso ser mío, y deseó mis cosas. Juzga, juzga justísimo: porque aquel a quien te dignaste liberar a tan gran precio, él mismo quiso después obligarse a mí. ¿Podrá, amadísimos, abrir la boca aquel que después de su profesión se encuentra tal, que justamente se le adjudique al diablo? Ved lo que hacéis, hijos míos, hermanos míos; ved lo que hacéis, cómo guardáis esta profesión vuestra. Os conjuramos por el mismo juez y todas las potestades celestiales, que nos oyen amonestando, y os reciben profesando, para que no recibáis en vano la gracia de Dios (II Cor. VI, 1), sino con corazón íntegro, con toda virtud, con fe perfecta renunciando y despreciando tan dañosa herencia diabólica, para que no quedéis huérfanos o pobres.

CAPÍTULO V.

Unidad de la Trinidad. Creed en Dios Padre todopoderoso. Cambiando de Padre, cambiad de herencia. ¿Quién es este Padre todopoderoso? Creemos que Dios es nuestro Padre y del mundo entero por gracia; pero también buscamos a su Hijo propio por sustancia: porque incluso antes de que el mundo fuera formado por él, era Padre. Si era Padre, ¿de quién era Padre? Tenía ciertamente un Hijo de él mismo con él, lo que él mismo, pero no él; porque aquel es Padre, este es Hijo: porque el Padre todopoderoso engendró al Hijo todopoderoso de sí mismo, tan igual a él, que permaneció todo en sí mismo, y era Padre del Hijo, y Hijo del Padre, Dios de Dios, día de día, luz de luz: sin embargo, no dos dioses, ni dos días, ni dos luminarias; sino un solo Dios, un solo día, una sola luz. No lo comprendes viendo, entiéndelo creyendo: purifica los ojos del corazón; o más bien, que la misma luz que deseas ver, purifique tu corazón, para que esté limpio de las tinieblas de los pecados: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). He aquí, extiende la agudeza del ojo del corazón y ve, y acomoda el oído del corazón y escucha. Pues el Padre y el Hijo suenan como dos, pero cuando el mismo Hijo dice, Yo en el Padre, y el Padre en mí está (Juan XIV, 10), pues el Hijo es la Palabra del Padre; pero el Padre nunca fue sin la Palabra, porque En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios: esto estaba en el principio con Dios (Id. I, 1); esta Palabra es el Hijo cuando está en el Padre, y el Padre en su Hijo, su Palabra: por lo tanto, no dos dioses, sino un solo Dios. Día de día, parecen significar dos días: pero cuando el mismo Hijo en el Evangelio dice a los judíos, Abraham vuestro padre deseó ver mi día, y lo vio, y se alegró (Id. VIII, 56); pero Abraham viendo a tres hombres bajo la encina de Mambré, no llamó a tres señores, sino que a uno en todos llamó Señor, como tres un solo día. Por lo cual el mismo Señor en el Evangelio, queriendo que se entienda un solo día el Padre y el Hijo, a Felipe que buscaba al Padre como otro día, ya que veía al Hijo como día, mostrando con qué ojo debía buscar ver la unidad de Dios, porque había fijado el ojo de la carne en la humanidad: Felipe, dice, quien me ha visto, ha visto al Padre; porque yo y el Padre no somos dos días, sino uno. Si puedes comprenderlo, comprende el día eterno.

CAPÍTULO VI.

Trinidad incomprensible. Luz de luz parecen sonar como dos luminarias: pero lejos de nosotros, no sea que el error de los maniqueos nos atrape, que consideran a este sol como Cristo: pero nosotros creemos que el sol de justicia es la Palabra del Padre, inseparable, igual, permaneciendo con el Padre, y disponiendo todo con él: el Padre haciendo todo por el Hijo, construyendo la fábrica del mundo por su Palabra, el Hijo viniendo a nosotros, sin abandonar al Padre, siempre con él, nunca sin él; iluminando, y resplandeciendo de sí mismo y de él, irradiando, fulgurando: no dos luminarias, sino una sola luz. Porque yo, dice, y el Padre somos uno (Id. X, 30). Del mismo Verbo unigénito dice el profeta David: Una vez habló Dios, dos cosas oí (Sal. LXI, 12). ¿Cómo habló Dios una vez, y sonó dos veces; sino porque la Palabra procedente intransgredible del corazón del Padre, asumió carne, para que fuera hombre, del vientre de la madre? Vino, y permaneció: vino a nosotros, y no se apartó del Padre. He aquí, por esto que Dios habló una vez, surgió toda nuestra fábrica: por esto que sonó dos veces, se hizo nuestra paz, para deshacer las enemistades en la carne (Efes. II, 14). Esta Palabra, esta luz no la contempla el arriano, se atreve a decir que el Hijo es menor, a quien nosotros confesamos igual: con insana contumacia quiere disputar sobre la Palabra que permanece en el corazón del Padre, cuando no puede entenderse a sí mismo. Hereje insano, primero vuelve a ti, considera todo de ti, si puedes comprenderte a ti mismo: y entonces discute sobre aquel que hizo tanto a mí como a ti. Mira cómo no pensaba en lo alto, sino que buscaba conocer a Dios en la simplicidad del corazón aquel humilde, que derribó la frente soberbia de Goliath con una piedra (I Reg. XVII, 49). Mira cómo no pensaba en lo alto:

consideró lo que sucedía en sí mismo; consideró su alma, inspeccionó su fábrica, discutió consigo mismo qué era, y de qué parte gobernaba una mole tan hermosa, y en un vasito de barro qué señora alma habitaba, llena de tantos tesoros de sabiduría, ciencia, prudencia: dónde estaban allí tantas, tan preciosas, tan grandes cosas: qué lugares ocupaba el alma, en la que no hay lugar: y de una sola fuente cómo procedían las virtudes individuales sin disminución ni del que sale ni del que derrama. Vio estas cosas, consideró estas cosas, quiso y no pudo comprender, exclamó a Dios diciendo: Maravillosa es tu ciencia sobre mí; prevaleció, y no podré alcanzarla (Sal. CXXXVIII, 6). Esto fue decir, ¿Cuándo puedo comprenderte tan grande, que no puedo explicarme a mí mismo extremo y pequeño? Ved también a otro humilde buscando la medida de su debilidad, y no excediéndose, sino inclinándose a lo humilde: La arena del mar, y las gotas de lluvia, y los días del siglo, ¿quién los ha contado? La altura del cielo, y la anchura de la tierra, y la profundidad del abismo, ¿quién la ha medido? La sabiduría de Dios que precede a todo, ¿quién la ha investigado? (Ecli. I, 2, 3). He aquí, el profeta dice, más bien el mismo Señor que hablaba por el profeta, que la sabiduría de Dios nadie la ha investigado. Porque Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Nadie según la divinidad pudo investigar la sabiduría de Dios: porque según lo que el Hijo nació del Padre sin madre, ¿quién contará su generación? (Isa. LIII, 8).

CAPÍTULO VII.

Contra los arrianos. Dime, hereje, tú que te atreves a decir que la Sabiduría de Dios es menor: dime, ¿cuál es la altura del cielo, la anchura de la tierra, la profundidad del abismo? Cuenta si puedes las gotas de lluvia, la arena del mar y los días del siglo: incluso el número de tus cabellos, ya que todos los cabellos de vuestra cabeza están contados (Mat. X, 30), demuéstramelo y explica estas pequeñas cosas inferiores, y entonces te crearé capaz de investigar las superiores. Pero no puedes, no eres capaz. El Espíritu de Dios te convence, que os previó a vosotros, herejes, de antemano. Porque quienes escribieron y sintieron lo que hemos dicho antes, fueron guiados por el espíritu de la verdad, no del error. Pero tú, hereje, al no poder explicar estas cosas, te atreves a discutir sobre la misma Sabiduría de Dios, que no puede ser investigada: y te pareces grande porque discutes sin que nadie te contradiga, sin que ningún juez presida. Y mientras el tiempo favorece tu error, piensas que eres algo, cuando no eres nada: y seducido, deseas seducir a muchos; a algunos con dinero, a otros con poder: reúnes a tales que contigo se pierdan en gran número. Este trabajo no te es útil para la salvación, sino más bien para la perdición. Porque enseñando tales cosas, o más bien no enseñando, sino blasfemando, demuestras hacer injurias no a cualquier poderoso, sino al mismo Dios Padre en su Hijo. El Padre es mayor, el Hijo es menor: el Padre es mejor, el Hijo es inferior. Estas injurias no las aceptaría de buen grado cualquier hombre sabio, que sostiene tener un hijo mejor o igual a sí mismo. De ahí también aquella expresión profética: Se alegró el padre en el hijo sabio, en su vida lo vio, y en su muerte no se entristeció. Porque el padre murió, y como si no hubiera muerto: dejó tras de sí a uno semejante (Ecli. XXX, 5, 4). He aquí que el profeta dice que el hijo sabio del hombre es semejante al padre; y tú, hereje, te atreves a decir que la misma Sabiduría, es decir, el Hijo de Dios, es disímil al Padre? El profeta dice que el hombre padre muerto, al dejar un hijo semejante, vive en el hijo; y tú te atreves a separar la misma Vida eterna, que es el Hijo de Dios, de aquel Padre que nunca muere?

CAPÍTULO VIII.

Igualdad de las personas. Y qué, preguntas, ¿qué debo hacer? Él mismo dijo, El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28). Porque no entiendes, por eso te suena mal lo que bien dijo. Pues él mismo lo dijo; y lo confirmó. En verdad él mismo dijo, El Padre es mayor que yo: lo dijo el mismo Hijo. Pero mira cuándo lo dijo: lo dijo estando en la asunción de la naturaleza humana. Entonces dijo, El Padre es mayor que yo, cuando dijo, Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38). Entonces dijo, El Padre es mayor que yo, cuando lloró, cuando se cansó, cuando tuvo hambre, cuando tuvo sed. Entonces dijo, El Padre es mayor que yo, cuando la Escritura dice que fue hecho un poco menor que los ángeles (Sal. VIII, 6). ¿Acaso aquí también vuestra insana soberbia progresa tan irreverente, que se atreve a decir que el Verbo de Dios, permaneciendo con el Padre, es menor que los ángeles en esa misma divinidad? Si no te atreves, hereje, a decir esto, guarda estos grados, y tu error perecerá: el Hijo con el Padre, y con el Padre igual, porque eterno con el eterno, siempre permaneciendo con el siempre permanente: igual enviado, y viniendo: en la asunción del hombre menor, no solo al Padre, sino también a los ángeles: igual en la forma de Dios, menor en la forma de siervo: igual con el Padre creando ángeles; menor que el Padre haciendo hombres ángeles: igual con el Padre construyendo un nuevo mundo; menor que el Padre reparando el mundo perdido: igual con el Padre otorgando vida eterna; menor que el Padre asumiendo nuestra muerte.

CAPÍTULO IX.

Nacimiento de Cristo. Creemos, por tanto, que este Hijo de Dios en la asunción del hombre es menor, en la divinidad igual al Padre, hecho, como dice el Apóstol, del linaje de David según la carne (Rom. I, 3). Pues del linaje de David la virgen María, quien concibiendo del Espíritu Santo, y en cuyo vientre el Verbo asumió carne, se nos hizo mediador todo hombre y Dios (I Tim. II, 5), Verbo, y alma, y carne un solo Cristo. Esto también nos lo declara el orden de este sacramento, que después de creer en Dios Padre todopoderoso, creemos también en su Hijo Jesucristo, nacido del Espíritu Santo de la virgen María. Y este nacimiento perturba todo pensamiento humano; porque es obra de la virtud divina. Pues ¿cuándo admite nuestra razón de generación, que una virgen concibiendo, permanezca virgen después del parto, y se vea al Hijo, y se conserve la integridad inviolada? Esto no lo puede cumplir cualquier hombre nacido: pero él pudo, porque no era solo hombre, sino Dios y hombre; quien quiso nacer hombre, porque todo hombre había perecido. El primer gran milagro de este Mediador y singular fue que nació así: para que aquel que venía a enseñar a muchos a hacer milagros, que él mismo hacía por sí y por ellos, tuviera sin embargo algo propio que no había usurpado de otro. Solo él nació de una virgen, porque solo él fue concebido del Espíritu Santo sin el abrazo de varón y mujer: solo él llenó sin corrupción el vientre de su madre, porque solo él por nosotros ascendió sobre los cielos, para sentarse a la derecha del Padre. Los discípulos recibieron de él el poder de hacer muchos y grandes milagros, y los hicieron: sin embargo, nadie es predicado o creído nacido de una virgen, o concebido del Espíritu Santo, sino aquel único que siendo creador de los tiempos, fue hallado en el tiempo también él creado, asumiendo la naturaleza humana que había formado íntegra, para que por ella de algún modo nuestro redentor reparara nuestra ruina. Y este es el Hijo de Dios, y el hijo del hombre; Hijo de Dios en el corazón del Padre, hijo del hombre en el vientre de la madre: el mismo único Cristo, que salió del vientre virginal como esposo de su tálamo (Sal. XVIII, 6). En cuyo vientre se celebraron las bodas espirituales, y Dios se unió a la carne, y la carne se adhirió a Dios, para que fuera un solo Cristo Dios y hombre.

CAPÍTULO X.

Crueldad de Herodes. De aquí pues, saliendo como esposo de su tálamo, a cuyas bodas toda la creación conmovida pareció exultar. Pues el coro de ángeles de estas bodas designa la paz a los hombres de buena voluntad: porque quien era Hijo de Dios, se hizo también Hijo del hombre; asumiendo lo que no era, sin perder lo que era. En estas bodas los cielos producen una nueva estrella, una nueva y espléndida luz operada por el mismo esposo en ellos; para anunciar la luz verdadera nacida a los que estaban sentados en la sombra de la muerte, y como con su lengua alabar a este esposo que sabían que había asumido al hombre mortal, para hacerlo inmortal. A este esposo vienen los Magos desde el extremo de la tierra, advertidos lo buscan, llamados ofrecen dones, deseando adorar al rey nacido, aún no viéndolo, pero queriendo adorar al rey con la estrella como guía. De estas bodas del rey nacido se turbó Herodes, y se perturbaron también los judíos que no entendían al rey de toda la creación; Herodes busca perder al rey niño que oye nacido, para que al crecer no pudiera perder su reino; los judíos, no queriendo tener al Hijo de Dios como rey, revelan a Herodes dónde nacería Cristo, y la voluntad de ambos se une en la muerte de un solo niño. Después de que Herodes, informado por los judíos, supo dónde podría encontrarse Cristo para ser asesinado, llamando a los Magos, les preguntó el tiempo de la estrella, y enviándolos a Belén dijo: Id, e indagad diligentemente sobre el niño, para que yo también, viniendo, lo adore (Mat. II, 8). ¡Oh labios engañosos! ¿Por qué hablas mal en tu corazón y en tu corazón? Porque tu lengua tiene una cosa, y tu conciencia clama otra. Te engañas a ti mismo pensando tales cosas, erras, engañas y eres engañado. En vano vigila la falsedad en el mal: no buscas la verdad como corresponde. He aquí que los Magos te oyen, diciendo una cosa por fuera, pero no saben que piensas otra cosa por dentro, y van para no volver más a ti. Porque aquel los advertía, quien burlándose de tu insensatez, ordenó a los Magos hacer lo que el verdadero rey había mandado, no lo que el falso había persuadido con engaño. Por otro, dice el Evangelista, camino regresaron a su región (Ibid., 12). Pero cuando sentiste que habías sido burlado por los Magos, Herodes, quisiste perder a todos los niños de esa tierra, para poder matar a aquel que buscabas. Pero nuestro esposo, que salió de su tálamo, para perfeccionar la alabanza de la boca de los niños y lactantes, permitió que cumplieras tu voluntad, para que la edad que no podía confesar a Cristo con su propia lengua, lo confesara con el testimonio de su muerte, y se demostrara tu crueldad inhumana, y se reuniera la multitud de niños a las bodas del esposo celestial. Dime, Herodes, si Cristo te ofendió porque oíste de los Magos que anunciaban su reino; ¿qué te ofendieron aquellos que sentían contigo contra Cristo, los príncipes de los judíos, cuyos hijos matando afligiste más con la atrocísima pena en sus hijos? Pues a Cristo no pudiste encontrar. Pero ¿qué más puedo decir contigo? A esos, a esos convenio, a los judíos, que al no querer reconocer al niño Cristo, fueron obligados a perder a sus hijos con él: a quienes ciertamente mató y entregó a la muerte vuestro amigo Herodes; pero a estos Cristo, a quien aún ahora decís enemigo, les dio mortalidad y vida eterna.

CAPÍTULO XI.

Contra los judíos, de Isaías y Jeremías. A vosotros, digo, os convenio, oh judíos, que hasta el día de hoy negáis al Hijo de Dios. ¿No es vuestra aquella voz, cuando lo veáis haciendo milagros, y tentándolo decíais, ¿Hasta cuándo nos tienes en suspenso? Si tú eres el Cristo, dinos abiertamente. Pero él os remitía a la consideración de los milagros diciendo, Las obras que yo hago, ellas dan testimonio de mí (Juan X, 24, 25): para que no las palabras, sino los hechos dieran testimonio de Cristo. Pero vosotros, no reconociendo al Salvador, que obraba la salvación en medio de vuestra tierra (Sal. LXXIII, 12), añadiendo en el mal dijisteis, Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero. Pero a esto, lo que él os respondió, no quisisteis advertir. ¿No está escrito, dice, en vuestra Ley, que el testimonio de dos hombres es verdadero (Juan VIII, 13, 17)? Prevaricadores de la Ley, prestad atención a la

Ley. Buscáis testimonio de Cristo: en vuestra Ley está escrito, que el testimonio de dos hombres es verdadero (Deut. XVII, 6; XIX, 15); que procedan de vuestra Ley, no solo dos, sino también más testigos de Cristo, y convenzan a los oyentes de la Ley, no a los hacedores. Di, Isaías, testimonio de Cristo. He aquí, dice, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será llamado Emmanuel, que se interpreta, Dios con nosotros (Isai. VII, 14). Que se acerque otro testigo: di tú también, Jeremías, testimonio de Cristo. Este es, dice, nuestro Dios, y no será estimado otro fuera de él, que encontró todo el camino de la ciencia, y se la dio a Jacob su siervo y a Israel su amado. Después de esto fue visto en la tierra, y conversó con los hombres (Baruc III, 36-38). He aquí dos testigos idóneos de vuestra Ley, de cuyo testimonio no se conmovieron vuestros corazones.

CAPÍTULO XII.

De Daniel. Pero que se introduzcan otros y otros testigos de la Ley de Cristo, para que se rompan las frentes durísimas de los enemigos. Que venga también aquel santo Daniel, joven en edad, pero anciano en ciencia y mansedumbre, que convenza a todos los falsos testigos: así como convenció a los ancianos impúdicos (Dan. XIII, 47), que con su testimonio de Cristo rompa a los enemigos. Di, santo Daniel, di de Cristo lo que sabes. Cuando venga, dice, el Santo de los santos, cesará la unción (Id. IX, 24). ¿Por qué, estando presente aquel a quien insultando decíais, Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero (Juan VIII, 13), cesó vuestra unción, sino porque él es quien había venido el Santo de los santos? Si, como decís, aún no ha venido, pero se espera que venga el Santo de los santos, demostrad la unción: pero si, lo que es verdad, cesó vuestra unción, reconoced que ha venido el Santo de los santos. Él es también aquella piedra cortada del monte sin manos de cortadores, es decir, Cristo nacido de una virgen sin manos de abrazadores: que creció tanto, que se hizo un gran monte, y llenó toda la faz de la tierra (Dan. II, 34, 35). De este monte dice el profeta, Venid, subamos al monte del Señor (Isai. II, 3). Y de quien David dice, Monte de Dios, monte fértil: ¿por qué sospecháis montes encumbrados, monte en el que agradó a Dios habitar en él (Sal. LXVII, 16, 17)? Pues cuando el mismo Señor Cristo preguntaba a sus discípulos, quién decían los hombres que era el Hijo del hombre; respondieron: Unos Elías, otros Jeremías, otros Juan el Bautista, o uno de los profetas (Mat. XVI, 14). Y él: ¿Por qué sospecháis montes encumbrados, monte en el que agradó a Dios habitar en él? Este lo reconoció Pedro diciendo, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Ibid., 17). Reconoció el monte, y subió al monte: dio testimonio a la Verdad, y fue amado por la Verdad. Pedro fue fundado sobre la roca, para que sufriera la muerte amando a aquel a quien había negado tres veces por temor.

CAPÍTULO XIII.

Otros testimonios de la Ley y los Profetas. Di tú también, Moisés legislador, guía del pueblo de Israel, testimonio de Cristo. Profeta os levantará Dios de entre vuestros hermanos. Toda alma que no escuche a ese profeta, será exterminada de su pueblo (Deut. XVIII, 15, 19). Pero escucha en el Evangelio a Cristo llamado profeta: No hay, dice, profeta sin honor, sino en su propia patria (Mat. XIII, 57). Que se acerque también el santo David, testigo fiel, de cuyo linaje procedió aquel, a quien la Ley y los Profetas dan testimonio; que diga él también de Cristo Adorarán, dice, a él todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán (Sal. LXXI, 11). ¿A quién servirán? Di, ¿a quién servirán? ¿Quieres oír a quién? Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Sal. CIX, 1). Y más expresamente y por nombre: ¿Por qué, dice, se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno, contra el Señor y contra su Cristo (Sal. II, 1). Que se acerque otro testigo, di tú también Habacuc profeta testimonio de Cristo. Señor, dice, he oído tu fama, y temí; consideré

tus obras, Dios, y me espanté (Habacuc III, 2). ¿Qué obras de Dios este admirado temió? ¿Acaso la fábrica del mundo este admirado temió? De ninguna manera: pero escucha a qué temió. En medio, dice, de dos animales serás conocido. Tus obras Dios. El Verbo se hizo carne (Juan I, 14). En medio de dos animales serás conocido. ¿Quién, hasta dónde descendiste? Me hiciste temer: porque el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas, yacía en el pesebre. El buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor (Isai. I, 3). En medio de dos animales serás conocido. ¿Qué es, En medio de dos animales serás conocido; sino o en medio de los dos Testamentos, o en medio de dos ladrones, o en medio de Moisés y Elías hablando con él en el monte? Caminó, dice, el Verbo, y salió a los campos (Habacuc III, 3). El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Esto también dice Jeremías: Después de esto fue visto en la tierra, y conversó con los hombres (Baruc III, 38). He aquí cómo concuerdan entre sí los testigos de la verdad: he aquí cómo convencen a los hijos de la falsedad. ¿Os bastan estas cosas, oh judíos, o aún para vuestra confusión de la Ley y de vuestra gente introduciremos otros testigos, para que den testimonio a aquel, a quien con mente perdida insultando decíais, Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero? Porque si quisiera recoger de la Ley y de los Profetas todo lo que se ha dicho de Cristo, más fácilmente me faltaría el tiempo que la abundancia.

CAPÍTULO XIV.

Testimonio de Simeón y Zacarías. Sin embargo, presentaré al anciano nacido de vuestro pueblo, pero no dejado en vuestro error, al santo Simeón: quien mereció, ya anciano, permanecer en esta luz hasta ver la verdadera luz. Aunque su edad ya le obligaba a partir, esperaba recibir a quien sabía que vendría. Cuando este anciano fue advertido por el Espíritu Santo de que no moriría antes de ver al Cristo de Dios, reconociendo al nacido, se dirigió al templo. Y cuando lo vio ser llevado en las manos de su madre, la piedad de su vejez reconoció la divina infancia, y tomó al niño en sus brazos. Él llevaba al niño Cristo, pero Cristo guiaba al anciano. Guiaba a quien era llevado, para que no fuera liberado del cuerpo antes de la promesa. Pero, ¿qué dijo, a quién confesó? Prestad atención, enemigos, no de Cristo, sino vuestros. Bendiciendo a Dios, exclamó aquel anciano y dijo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, según tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación (Luc. II, 26-32). También los padres de Juan, Zacarías y Elisabet, jóvenes estériles, fecundos en la vejez, den también testimonio de Cristo. Que digan de Cristo lo que sienten, y nutran un testigo idóneo para Cristo. Dicen a su pequeño nacido: Tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo: porque irás delante del Señor para preparar sus caminos (Id. I, 17). Y a la misma madre y virgen, Elisabet dice: ¿De dónde a mí esto, que la madre de mi Señor venga a mí? Porque tan pronto como la voz de tu saludo llegó a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi vientre (Ibid., 43, 44). Pues Juan, entendiendo que la madre de su Señor había venido a su madre, aún en las estrecheces del vientre, saludó con movimiento a quien no podía con voz. ¿Qué después el mismo Juan, precursor y amigo, humilde y fidelísimo siervo, hecho testigo idóneo, tanto mayor entre los nacidos de mujer cuanto se le estimaba ser lo que no era? Pues los judíos creían que él era el Cristo: pero él clamaba que no lo era, diciendo: A quien sospecháis que soy, no soy yo; pero he aquí que viene después de mí, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado (Marc. I, 7; Luc. III, 16; Act. XIII, 25). Oh fiel testigo y amigo del verdadero esposo, ¿cuánto te habrías humillado si hubieras dicho que eras digno de desatar la correa de su calzado? Pero al decir que no eres digno de esto, contradices a los falsos testigos judíos. Y estas cosas las dijiste antes de ver a Cristo: quien cuando vino a ti, excelso y humilde, por la gracia de cumplir su dispensación, para ser bautizado por ti, quien no tenía pecado alguno, ¿qué respondiste, a quién reconociste, qué testimonio diste, que oigan los enemigos que no quieren oír: He aquí, dice, el Cordero de Dios, he aquí quien quita

el pecado del mundo (Joan. I, 29, 36). Y añadió: Tú vienes a mí para ser bautizado; yo debo ser bautizado por ti (Matth. III, 14). Reconoció el siervo al Señor: reconoció al libre de todo vínculo de pecado, atado por los lazos del pecado original: reconoció el heraldo al juez, reconoció la criatura al Creador, reconoció el paranympho al esposo. Pues también esta es la voz de Juan: Quien tiene a la esposa, es el esposo. Pero el amigo del esposo está y lo oye, y se goza con alegría por la voz del esposo (Joan. VII, 29).

CAPÍTULO XV.

De los libros de los gentiles. Os bastan estas cosas, oh judíos, os bastan tantos testigos, testimonios de vuestra Ley, de vuestro pueblo? ¿O aún con ánimo impudente osaréis decir que hombres de otra gente o nación deberían dar testimonio de Cristo? Pero si decís esto, él os responde: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Matth. XV, 24). Pero como Pablo os reprende en los Hechos de los Apóstoles: A vosotros primero debía anunciarse la palabra de Dios, pero como la rechazasteis, y no os juzgasteis dignos de la vida eterna, he aquí, dice, nos volvemos a los gentiles (Act. XIII, 46): demostremos también nosotros que de los gentiles se dio testimonio a Cristo; porque la verdad no calló clamando incluso por las lenguas de sus enemigos. ¿No es cierto que cuando aquel poeta elocuentísimo, entre sus versos, decía: Ya una nueva progenie desciende del alto cielo (Virgilio, Égloga 4, vers. 7), daba testimonio de Cristo? Que esto se ponga en duda, a menos que introduzca a otros testigos idóneos de los gentiles diciendo más cosas. No omitiré a aquel rey que sometió vuestra soberbia capturándola, Nabucodonosor, rey de Babilonia. Di, Nabucodonosor, ¿qué viste en el horno, donde injustamente arrojaste a tres hombres justos; di, di qué te fue revelado. ¿No es cierto, dice, que arrojamos a tres hombres atados al horno? Y le dicen: Ciertamente, rey. He aquí, dice, veo a cuatro hombres sueltos caminando en medio del fuego, y no hay corrupción en ellos, y el aspecto del cuarto es semejante al Hijo de Dios (Dan. III, 91). Oh extranjero, ¿de dónde te viene esto? ¿Quién te anunció al Hijo de Dios? ¿Qué ley, qué profeta? Aún no ha nacido en el mundo, y tú reconoces la semejanza del que ha de nacer. ¿De dónde te viene esto? ¿Quién te lo anunció, sino porque así te iluminó el fuego divino internamente, que aunque allí tenías cautivos a los enemigos judíos, así diste testimonio del Hijo de Dios?

CAPÍTULO XVI.

De las profecías sibilinas. Profecía de la Sibila. Pero porque en boca de dos o tres testigos se establece toda palabra, como el mismo Señor refutando vuestra contumacia, dice: En vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero (Deut. XVII, 6; Joan. VIII, 17): también de los gentiles se introduzca un tercer testigo, para que el testimonio de la verdad se fortalezca por todas partes. Presentemos lo que la Sibila clamó profetizando también sobre Cristo, para que con una sola piedra se golpeen las frentes de ambos, judíos y paganos, y con su propia espada, como Goliat (I Reg. XVII, 50), sean golpeados todos los enemigos de Cristo: escuchad lo que dijo: I Signo del juicio, la tierra se empapará de sudor. H Del cielo vendrá el Rey para siempre. Σ En carne presente para juzgar al mundo. O Entonces verán a Dios, incrédulos y fieles Y Elevado con los santos, ya en el fin del tiempo. Σ Así las almas con carne estarán, que él juzgará. X Cuando yace inculto el mundo en densos zarzales. P Rechazarán las imágenes de los hombres, y toda riqueza. E El fuego consumirá la tierra, el mar y el cielo I Romperá las puertas del oscuro Averno. Σ Pero la luz libre de los santos será dada a la carne T Los culpables serán quemados por la llama eterna. O Revelando los actos ocultos, entonces cada uno hablará Σ Secretos, y Dios abrirá los corazones a la luz. Θ Entonces habrá llanto, todos rechinarán los dientes. E Se quitará el brillo del sol, y el coro de las estrellas perecerá. O El cielo se enrollará, el esplendor lunar desaparecerá. Y Derribará

colinas, elevará valles desde el fondo. Y No habrá en las cosas de los hombres nada sublime o alto. I Ya se igualarán los campos con los montes y el azul del mar. O Todo cesará, la tierra rota perecerá. Σ Así igualmente se secarán las fuentes, y los ríos con fuego. Σ Pero entonces la trompeta emitirá un sonido triste desde lo alto Ω Gimiendo el mundo por la miserable acción y varios trabajos, T Y el caos tártaro mostrará la tierra abriéndose. H Y aquí ante el Señor los reyes serán presentados como uno. P Caerá del cielo un río de fuego y azufre.

Estas cosas sobre el nacimiento de Cristo, su pasión y resurrección, y su segundo advenimiento, han sido dichas de tal manera que si alguien en griego quisiera discernir los encabezados de estos versos, encontrará Ἰησοῦς Χριστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτὴρ: es decir, Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador. Lo cual también aparece en latín al traducir los mismos versos, aunque no se pudo observar tanto la propiedad de las letras griegas.

Escuchad atentamente otros versos sibilinos que demuestran más claramente la pasión de Cristo: En manos iniquas de infieles vendrá después. Pero darán a Dios bofetadas con manos impuras. Y con boca impura escupirán escupitajos venenosos. Pero dará su santo dorso a los azotes sin resistencia. Y recibiendo bofetadas callará, para que nadie reconozca Que es el Verbo, o de dónde viene, para hablar a los infiernos. Y será coronado con una corona de espinas. Y para comida le darán hiel, y para sed vinagre. Mostrarán esta mesa de inhospitalidad. Pues tú, insensata, no entendiste a tu Dios, Jugando con las mentes de los mortales, pero lo coronaste con espinas, y mezclaste hiel amarga. El velo del templo se rasgará, y al mediodía habrá una noche muy oscura por tres horas. Y morirá en la muerte, y después de tres días de sueño, Y entonces regresará a la luz desde los muertos. Mostrará el inicio de la resurrección como el primero resucitado.

CAPÍTULO XVII.

Testimonios del cielo, del mar, de la tierra, de los infiernos. Creo que ya vosotros, oh enemigos judíos, estáis tan abrumados y refutados por tantos testigos, que no debéis buscar más: vosotros que con demasiada insensatez o más bien locura, cuando conocíais todo lo que se había dicho y escrito sobre Cristo, con rostro descarado decíais: Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero (Joan. VIII, 13). Sin embargo, para que la verdad de la divina majestad resplandezca, sobre las voces claras de tantos testigos, que toda la creación proclame que dio testimonio a su Creador. ¿No dio testimonio el cielo, cuando una nueva estrella en la nueva progenie del hombre, como lengua y dedo, mostró al Dios nacido hombre a las naciones? ¿No dio testimonio el mar, cuando olvidando de algún modo su naturaleza, el líquido humor, al tomar solidez, llevó las impresas huellas de su Señor: para que se cumpliera lo que está dicho, En el mar está tu camino y tus sendas en muchas aguas (Psal. LXXVI, 20)? El elemento habría absorbido a Pedro, si no fuera porque el Señor de las cosas extendió su mano al Pedro que se hundía (Matth. XIV, 31). ¿No dio testimonio la tierra, cuando su saliva mezclada con ella, ungió los ojos del ciego de nacimiento, devolviendo la luz al que no veía (Joan: IX, 7): y el artífice reparó lo que faltaba de la tierra, quien antes formó al hombre entero de la tierra (Gen. II, 8)? ¿No dieron testimonio los infiernos a Cristo, cuando al perder su derecho, conservaron íntegro a Lázaro, a quien habían recibido para disolver, durante cuatro días, para devolverlo sano cuando escucharon la voz de su Señor ordenando (Joan. XI, 43)? ¿Qué en su misma pasión, no citaré como testigo contra vuestra impudencia y feroz locura a la luz pública de algún modo? Como pensabais, solo un hombre era asesinado por vosotros, Cristo: lo cual, incluso si solo fuera eso, debisteis haber perdonado, para que vuestras manos se mantuvieran ajenas a la sangre del inocente. ¿Qué ceguera fue infundida en vuestros corazones, que ni siquiera os aterrorizó aquella gran oscuridad del sol al mediodía, y la luz cortada entre sus claros rayos? La noche oculta en el día: más bien la

noche usurpó el día, y la naturaleza no guardó el curso de su orden; pero el cielo se oscurece, la tierra llora, el velo del templo se rasga, las piedras se rompen, los infiernos se abren (Matth. XXVII, 45, 51, 52), casi toda la creación se estremece ante la muerte de Cristo. Sin embargo, en estas grandes cosas no se abrieron los ojos de vuestro corazón. Oh judíos, los demonios que poseyeron vuestros corazones dijeron: Sabemos quién eres; ¿has venido antes de tiempo a destruirnos (Marc. I, 24)? y vosotros, Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero (Joan. VIII, 13)!

CAPÍTULO XVIII.

De los eventos. Pero no entendiendo vuestras acciones, habéis actuado en nuestras causas. De hecho, vuestra malicia sirvió a nuestra salvación: pues aquel que vino para morir por nosotros, no temió las voces insanas de los que clamaban, Crucifícalo, crucifícalo (Luc. XXIII, 21), como hombre, porque como Dios las previó antes. ¿Cuánto trabajasteis para que el discípulo Judas fuera corrompido con dinero (Matth. XXVI, 15), y como malos compradores comprasteis a Cristo del mal vendedor, haciendo malas transacciones para vuestra alma, cuando pagabais el precio de nuestra salvación? ¿Cuánto trabajasteis para que el juez, lavándose las manos de vuestro crimen, fuera oprimido por calumnias, con el nombre de César opuesto, para que cumpliera lo que queríais que se hiciera (Id. XXVII, 24)? ¿Cuánto trabajasteis para que Cristo fuera asesinado, y el ladrón liberado (Ibid., 20-26)? ¿Cuánto trabajasteis para que Cristo sufriera insultos, fuera coronado con espinas (Marc. XV, 17), colgado en el madero, perforado con una lanza (Joan. XIX, 34)? ¿Cuánto clamasteis, cuánto sudasteis, cuánto trabajasteis? Pero todo ese trabajo vuestro, es nuestro fruto. De hecho, Cristo es asesinado por vosotros, resucita para nosotros: es colgado en el madero por vosotros, y clavado en la cruz, y por nuestros líderes, sus discípulos, se encuentra en medio de ellos con las puertas cerradas (Id. XX, 19). Intentasteis suprimir la resurrección de Cristo corrompiendo a los soldados con dinero (Matth. XXVIII, 12, 13), y he aquí que su resurrección ya se celebra en todo el mundo, y lo que disteis, todo lo perdisteis. No pudisteis cumplir lo que queríais: escuchad ya lo que no queréis escuchar. Al tercer día resucitando de entre los muertos, ascendido al cielo, se sienta a la derecha del Padre (Marc. XVI, 19; Luc. XXIV, 51): os dispersó por todas las tierras, para que en todas partes llevéis las profecías sobre su nacimiento, pasión, resurrección, ascensión, todo lo que se ha dicho, y ministréis la lámpara de la Ley, como candelabros de madera sin sentido, a las naciones. Reconoced que esto se hizo para que las naciones no dijeran que todo lo que se hace, mientras se predica, fue inventado por nosotros. Esta misma dispersión vuestra fue predicha, como declara el profeta David diciendo: No los mates, para que no olviden tu ley, sino dispérsalos con tu poder (Psal. LVIII, 12). Por tanto, esta dispersión vuestra da testimonio a Cristo, a quien dijisteis, Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero (Joan. VIII, 13): para que de vuestro testimonio de enemigos, otros enemigos sean confundidos, que dicen que Cristo hizo todos los milagros que hizo por artes mágicas. Pues también esto de que se le venera muerto, insisten en atribuirlo a la potencia mágica. Presentad los códigos proféticos, oh judíos enemigos de Cristo, para que de ellos sean convencidos otros enemigos paganos. Los profetas los envió mucho antes de nacer, quienes predijeron todo lo que hemos dicho antes. Juzgad ya vosotros que pensáis rectamente: ¿acaso si hizo que se le venerara incluso muerto por artes mágicas, era mago antes de nacer? Confundíos, corregíos quienes tales cosas de Cristo sentís, creéis o decís. Confundíos también vosotros, judíos, que teniendo la lámpara de la Ley en vuestras manos, dais luz a otros, y no os preocupáis de mirarla, sino que esperáis también vosotros que venga quien ha de venir. Y vendrá; pero no como queréis: vendrá aquel excelso que fue asesinado por vosotros, sin culpa alguna; vendrá manifiesto Dios, y veréis juzgando a quien despreciasteis, haciendo milagros. ¿Cuál será entonces vuestra conciencia, cuando él ya

no os mostrará paciencia alguna, porque os encontrará muertos en el alma, quien ha de venir a juzgar a vivos y muertos?

CAPÍTULO XIX.

Contra los arrianos. Creemos en el Espíritu Santo, a quien creemos Dios, igual al Padre y al Hijo, permaneciendo en el Padre y el Hijo, inseparable del Padre y el Hijo, reinando con el Padre y el Hijo. Una Trinidad, y la tercera persona en la unidad es el Espíritu Santo, quien opera todo en todos. A este también los arrianos blasfemando, quieren que sea menor que el Padre y el Hijo. Ni el temor evangélico los revoca de su error diciendo: Si alguien dijere palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero si alguien dijere palabra contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero (Matth. XII, 32). ¿Qué es, arriano? ¿sientes a dónde ha llegado tu inhumanidad? Dices palabra contra el Hijo del Hombre, porque según la divinidad afirmas que el Hijo de Dios es menor. Dices palabra contra el Espíritu Santo, en esa misma unidad indivisible también menor que el Hijo. Diciendo tal palabra del Verbo, tal palabra del Espíritu Santo, no se te perdonan ni en este siglo ni en el venidero tus pecados, y tú rebautizando prometes perdonar los ajenos? Reconocemos que el don del Espíritu Santo es la remisión de todos los pecados, con el mismo Verbo que nos favorece, quien después de su resurrección dijo a sus discípulos: Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados (Joan. XX, 23). Pero vosotros con sacrílego atrevimiento, a quienes ya Cristo por el don del Espíritu Santo en el Bautismo les ha perdonado todos los pecados originales y propios, en los ya bautizados exhaláis a Cristo, rechazáis al Espíritu Santo; y pretendéis no lavar, sino ensuciar; no liberar, sino atar; no vivificar, sino matar al renacido. No es de extrañar si estas ruinas construís cada día, quienes no quisisteis tener a Cristo, la roca íntegra, en el fundamento. La Verdad separa a sus hijos de vuestro error, a quienes así cuida que los nutre, no como tú que engañando con halagos los mata.

CAPÍTULO XX.

Resurrección. En la Iglesia Católica, amadísimos, sabed que hay verdadera fe, paz genuina, salvación perpetua. No está en un rincón, sino que está en todas partes. Si alguien se aparta de ella, y se entrega al error de los herejes, será juzgado como un siervo fugitivo, no como un hijo adoptivo: ni resucitará para la vida eterna, sino más bien para la condenación. Porque a buenos y malos se les promete la resurrección: Todos resucitaremos, dice el Apóstol, pero no todos seremos transformados (I Cor. XV, 51). ¿Y de qué sirve, hermanos míos, resucitar y no ser transformados? Pues quien en aquella vida no haya sido transformado, será hallado por el justo juez como condenado. Y el condenado no alcanza la vida eterna, quien no quiso recibir la palma victoriosa sobre el adversario diablo. ¿De qué sirve, amadísimos, que el diablo no tenga a alguien atado en el culto de los ídolos, y lo posea capturado y detenido en el lazo de los herejes? Quien quiera llegar a la vida eterna, debe vigilar fuertemente contra todas las trampas del diablo. Pues no será como esta vida, así se encontrará aquella.

CAPÍTULO XXI.

Diferencia temporal entre la vida terrenal y la eterna. Cuánto dista entre esta y aquella, debe conocerlo vuestra Caridad. Aquí falsedad, allí verdad: aquí perturbación, allí posesión fiel: aquí amargura extrema, allí dulzura sempiterna: aquí peligrosa exaltación, allí segura exultación: aquí se teme que quien era amigo, de repente se convierta en enemigo; allí el amigo siempre permanece, porque ningún enemigo es admitido: aquí todo lo que es bueno, se

teme que se pierda; allí lo que hayas recibido, será guardado por aquel que hace que ni tú pases, ni lo que recibiste pierdas: aquí muerte, allí vida: aquí luto, allí gozo: aquí todas las cosas que Dios creó, allí Él mismo por todos y en todos Dios: y lo que se dice digno, si es que algo se dice. Pues no basta la lengua humana para alabar lo que el sentido de los mortales no puede comprender. Llegaremos allí, hermanos míos; y allí veremos lo que el ojo aquí no vio, allí oiremos lo que el oído aquí no oyó, allí entenderemos lo que el corazón humano aquí no pudo comprender (I Cor. II, 9), viendo y disfrutando exultaremos con gozo inenarrable (I Pedro I, 8). ¿Y qué gozo será, donde no habrá temor? ¿Qué gozo será, cuando te veas compañero de los Ángeles, participe del reino de los cielos, reinando con el Rey, poseyendo todo sin codicia, rico sin avaricia, administrando sin dinero, juzgando sin sucesor, reinando sin miedo a los bárbaros, viviendo sin muerte en la vida eterna?

CAPÍTULO XXII.

Del camino hacia la patria. Pero para que lleguemos a estas cosas, no abandonemos el camino más seguro que conduce allí. ¿Cuál es este camino? Cristo en su totalidad, en cabeza y cuerpo. En la cabeza, el Hijo igual, permaneciendo en el que permanece: en el cuerpo menor, pasando rápidamente como un gigante por este camino (Salmo XVIII, 6). Cabeza y cuerpo, Cristo y la Iglesia. No nos separemos de Él, creyendo algo diferente de Él, como los herejes; ni de esta, desviándonos con nuestras malas costumbres. Esta es la verdadera madre, madre piadosa y casta, adornada interiormente con la dignidad de su esposo, no exteriormente deshonrada con el engaño de la mentira. No os seduzca de esta madre un nombre ficticio ajeno, no os engañe una apariencia ajena de la Iglesia. No es la esposa de Cristo quien no conoce a su esposo: es deshonrosa quien intenta oscurecer la apariencia de tan gran esposo con sus palabras: en vano se impone el nombre de Iglesia. Veo ciertamente, oh cueva engañosa, que engañas porque has sido engañada: veo ciertamente que adaptas tu forma bajo una apariencia ajena. ¿Por qué te compones? ¿Por qué te adornas tanto? ¿Por qué extiendes tus franjas? ¿Por qué te esfuerzas en igualarte a la verdadera esposa? No te recibe el esposo, porque no eres la esposa. Pero dices que eres hermosa, y te glorías de oro y muchos ornamentos. Te responde el esposo, te responde el más hermoso de los hijos de los hombres (Salmo XLIV, 3, 4): Se te ha hecho apariencia de prostituta, te has vuelto irreverente en todo. Y si dijeras, ¿Por qué? Responde, Porque bajo la apariencia de esposa te compones, y mientes diciendo que soy tu esposo. Se te ha hecho apariencia de prostituta, te has vuelto irreverente en todo. No me has llamado como al Padre: Porque yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). No me has llamado como al Padre, y príncipe de tu virginidad (Jeremías III, 3, 4). Son palabras de Cristo por el profeta. Si yo fuera el príncipe de tu virginidad, guardaría tu integridad, como guardé íntegra a mi madre. Porque no me reconoces ni como príncipe de tu virginidad, ni como igual al Padre, tampoco yo te reconozco como virgen. No te jactes más de ser lo que no eres: reconoce tu deshonra: Arrio te quitó la integridad. No eres, por tanto, la esposa, porque no eres íntegra. En vano llamas esposo a quien no es tuyo: Cristo no acepta una viuda deshonrosa. Vuelve, vuelve repudiada, vuelve confundida, vuelve violada por fraudes serpenteantes; vuelve, no compuesta en divinidad celestial, sino rodeada de afirmaciones humanas, vuelve: puedes engañarte a ti misma, pero no puedes engañar al esposo. Él sabe a quién busca, reconoce a quien llama. Siempre vive la madre: madrastra, ¿por qué te impones? No puedes excluir a la hermosa señora, siendo tú misma una sierva deshonrosa. Se te ha hecho apariencia de prostituta. No has guardado la fe a un solo esposo, quien no mantienes la unidad católica. Pues el esposo busca a la verdadera madre, que nutra piadosamente a sus hijos; no a la deshonrosa, que mata fraudulentamente a los ajenos. Mira quién es esta verdadera madre, que aún te tolera asfixiando a sus hijos, infligiendo injurias a su esposo. Tolerar, porque exhibe la paciencia de su esposo, y espera los aires de libertad, para que su

humildad sea vindicada por él, ya que la caridad de su esposo la sostiene. Él es quien vive y reina con Dios Padre y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.